

EL PULSO DEL CUERPO

Usos y representaciones
del espacio



BOMBASGENS
CENTRE D'ART

COLECCIÓN PER AMOR A L'ART

«Toda sociedad produce su propio orden; sus propias geografías y espacios, sus propias naturalezas, sus propios conocimientos y verdades, sus propios cuerpos, ciudades y textos. Son espacios producidos socialmente, siempre en formación, siempre fluyendo, existiendo simultánea e indivisiblemente en sus dimensiones material, simbólica y vital. En tanto espacios sociales, se producen por la praxis espacial, la operación del poder a través de la cual los espacios materiales, simbólicos y vitales se producen y ordenan jerárquicamente»¹.

Edward W. Soja

«Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar»².

Antonio Machado

«Los cuerpos se están volviendo ciudades, sus coordenadas temporales son transformadas en coordenadas espaciales. En una condensación poética, la historia ha sido sustituida por la geografía, las historias por los mapas, las memorias por los escenarios. Ya no nos percibimos a nosotros mismos como continuidad sino como ubicación, o mejor dicho como desubicación en el cosmos urbano/suburbano»³.

Celeste Olalquiaga

«Destruída la simetría, servir de pasto a los vientos»⁴.

René Cazelles

1 SOJA, EDWARD W.: *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Traficantes de sueños, Madrid, 2008, p. 504.

2 MACHADO, ANTONIO: «Proverbios y cantares» n.º XXIX, *Campos de Castilla*, Poesías Completas, Espasa Calpe, Madrid, 1980, p. 223.

3 OLALQUIAGA, CELESTE: *Megalopolis: Contemporary Cultural Sensibilities*, citado por Edward W. Soja en *óp. cit.*

4 René Cazelles citado por BACHELARD, GASTON: *La Poética del espacio*, FCE, Argentina, 2000, p. 63.

El pulso del cuerpo. Usos y representaciones del espacio es un acercamiento, a través del trabajo de numerosos artistas, a las formas en que habitamos, conocemos, percibimos, significamos, reproducimos y representamos el espacio en ese proceso de institución incesante del lugar que es la vida. *El pulso del cuerpo* se plantea desde una perspectiva tendente a superar los análisis exclusivamente económicos sobre la construcción del espacio, proponiendo una mirada en la que la vida cotidiana, enfrentada a la dialéctica entre el espacio vivido y la ciudad concepto, se contempla como posibilidad de transformación social. Una vida que se establece a partir de la relación dinámica y participativa del cuerpo con el lugar. La expresión «tener lugar» nos acerca al sentido de este proyecto en su doble acepción: se refiere simultáneamente a la posesión de un espacio y a una acción, pero también a la posibilidad de que algo ocurra y habite el espacio.

Las revoluciones tecnológicas son parte de un proceso histórico de cambio que las excede y afecta a todo el sistema social. Desde los años setenta del siglo XX asistimos a una progresión tecnocientífica exponencial, políticamente determinada y de dimensiones impensadas que, en el nuevo contexto de un capitalismo sin oposición, influye y transforma las dos categorías que se han considerado como dimensiones fundamentales de la exterioridad de lo humano: el espacio y el tiempo. Y lo hace tanto en lo más evidente y visible, como el paisaje o la ciudad; como en lo más intangible, la organización socioespacial, la memoria y los saberes. La ideología que subyace en esta transformación tecnosocial aventura, en nombre de la velocidad de las comunicaciones y la creación de mundos virtuales, las muertes del *lugar* y la *distancia* y de todo lo que tenga una especificidad espacial. Pero frente a esta idea de mundo indiferenciado y global, la realidad es que existe una resistencia política y cultural de los lugares y de lo local como espacios de identidad.

El espacio urbano no es neutral o inocente sino base de un proyecto de vida y escenario de un conflicto. Así existe un axioma según el cual este, más allá de su función instrumental, de su disposición para atender necesidades humanas básicas, es espacio de representación que expresa o materializa tendencias sociales. Como nos recuerda Henri Lefebvre el espacio no es un mero medio, no es simplemente reproductor o contenedor, no es una concepción o una expresión, sino un elemento constitutivo, producto del cuerpo y de la sociedad y «productor de sociedad»¹.

Sin embargo, el formular que la sociedad *constituye* espacialmente nos remite a dos problemas terminológicos: la ambigua definición de espacio y la dificultad en la concepción de lo social. En la práctica, las palabras *espacio* y *lugar* tienden a indicar experiencias comunes. Heidegger plantea que el más abstracto término de «espacio» puede ser entendido como «proyecto de lugar»²: lo que puede comenzar como un espacio indefinido se transforma en lugar a medida que lo habitamos. Así el lugar nos vincula y representa cierta seguridad mientras el espacio lo asociamos con libertad y movimiento. Como nos señala el antropólogo Tim Ingold, el espacio se transforma en lugar cuando el movimiento se detiene³. Ingold pone el acento en las relaciones dinámicas, en la participación, la práctica y la actividad como acción constitutiva del espacio; en las «poéticas del habitar» en tanto que formas de estar-en-el-mundo. Propone, siguiendo

1 LEFEBVRE, HENRI: *La producción del espacio*, Capitan Swing, Madrid, 2013.

2 HEIDEGGER, MARTIN: *Construir habitar pensar*, Oficina de arte y ediciones, Madrid, 2015.

3 «Las personas han realizado una vida en la tierra, no en el espacio. Los agricultores siembran sus cultivos en el *suelo*, no en el espacio, y realizan la siega en el *campo*, no en el espacio. [...] Cuando estamos en casa, estamos *adentro*, no en el espacio, y cuando salimos estamos *afuera*, no en el espacio. Llevamos la mirada hacia arriba y vemos el *cielo*, no el espacio, y en un día ventoso sentimos el *aire*, no el espacio. El espacio no es nada, y porque no es nada este no puede realmente ser habitado en absoluto», en INGOLD, TIM: «Contra el espacio: lugar, movimiento, conocimiento», *Mundos Plurales*, Revista Latinoamericana de Políticas y Acción Pública, Vol.2, Nº 2, FLACSO, Ecuador, 2015, p. 9.

a Michel de Certeau, el acto de pasear y al caminante como acción y actor fundamental en la institución del espacio como lugar: «Mi opinión es que las vidas no están dirigidas dentro de un lugar, sino a través, alrededor hacia y desde él, desde y hacia lugares en cualquier parte. [...] Usaré el término *caminate* para describir la experiencia encarnada de este movimiento ambulatorio. Es como caminantes, entonces, que los seres humanos habitamos la tierra»⁴. En ese proceso el caminante dibujaría una senda y el lugar de reunión vendría definido por el entrelazamiento de todos esos hilos trazados en el caminar. Para Michel de Certeau «la historia comienza al ras del suelo, con los pasos. Son el número, pero un número que no forma una serie. [...] Su hormigueo es un innumerable conjunto de singularidades. Las variedades de pasos son hechuras de espacios. Tejen los lugares»⁵.

En lo que atañe a la concepción de lo social que propone Lefebvre —el espacio como transformador de las dinámicas sociales y estas como productoras de espacio—, Bruno Latour plantea un problema de alguna manera anterior: que las categorías de *naturaleza* y *sociedad* se disocian en un proceso característico del pensamiento moderno que ha pretendido separar lo humano de lo no-humano (animal, lenguaje, máquina). Lo social se plantea como interrelación entre «actantes», que lo son precisamente porque se relacionan entre sí. Lo social no es la manifestación o el efecto de una causa exterior a ella (relaciones de poder, modos de producción, etc.). La estructura social no es independiente de la sociedad que la sustenta, no existe un orden social completo, autónomo, ni final. Para Latour el cuerpo es vínculo, se configura a partir de las redes de articulación que unen lo humano con dispositivos dispares y heterogéneos. Lefebvre, a su vez, sugiere que todo espacio apropiado por los seres humanos se encuentra inevitablemente relacionado con su cuerpo y sus imaginarios.

El pulso del cuerpo. Usos y representaciones del espacio alude a la posibilidad de hacer visible algo que, a la vez que nos rodea y nos es propio, permanece de alguna manera invisible. Tenemos una experiencia del lugar que puede ser directa e íntima, indirecta y conceptual, y hoy absolutamente mediada. Conocemos con certeza nuestra casa y quizá el barrio que habitamos y podemos saber algo acerca de nuestro país y tener a través de numerosos viajes una cierta percepción del mundo, pero las incesantes relaciones e intercambios que permanentemente dibujamos y que reconstruyen cotidianamente el espacio físico y social, o el tránsito permanente de lo subjetivo a lo colectivo, difícilmente podemos verlo. Es en el complejo diálogo entre múltiples visiones donde este proyecto puede iluminarnos sobre la construcción social del espacio: el cuerpo social, el habitar poético, la ciudad y sus límites, las arquitecturas y sus paisajes, los lugares de la memoria, del poder y de la tecnología, son algunos ítems que trazan un tejido de imágenes relacionadas. Así, Henri Cartier-Bresson, Helen Levitt, Robert Frank, David Goldblatt, Takashi Hamaguchi o Paul Graham capturan una dimensión de lo colectivo, —que pareciera destinada a combatir la progresiva negación de un sentido común a la vida—, estableciendo una relación entre el lugar, la experiencia, el cuerpo y las relaciones humanas. Sus imágenes hacen referencia a un «cuerpo socializado», condicionado por el mundo, modelado por las condiciones materiales y culturales de su existencia.

Desde una posición distinta Luigi Ghirri propone un habitar poético, buscando la vida en la trama, en el fragmento o en las superficies de inscripción de lo social (carteles, signos, imágenes publicitarias o mapas), en suma, en una imagen donde la vida es reapropiada en la mirada subjetiva. Como decía Gaston Bachelard: «cuando la imagen es nueva, el mundo es nuevo»⁶. También Paco Martí se aleja de la impersonalidad descriptiva para llevarnos hacia una intimidad territorial en sus composiciones paisajísticas. O Francesca Woodman, que mediante estrategias de fragmentación y camuflaje nos remite a un estado

4 *Ibidem*, p. 13.

5 DE CERTEAU, MICHEL: *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 2000, p. 109.

6 *Óp.cit.*, p. 59.

del cuerpo marcado por el exceso; introduce el tiempo en la fotografía mediante largas exposiciones que hacen desaparecer su cuerpo o fundirse con el espacio y los objetos. Como una forma de resistencia su habitar se revela contra la muerte implícita en toda fotografía, contra su capacidad para congelar el espacio y el tiempo. Asimismo las figuras de Óscar Muñoz se resisten a su desaparición, resurgiendo de nuevo en cada fotograma.

La ciudad se presenta como maquinaria de vida y heroína de la modernidad, lugar de conflicto entre el espacio vivido y el planificado, entre los intereses públicos y privados, entre la arquitectura y la memoria. Yto Barrada muestra la huella, la ruina de una modernidad impuesta, pero no como una ruina nostálgica sino melancólica, es decir, ruina vivida, materia del tiempo ya sin tiempo, pasado sin haber sido presente, negación de la historia y de lo local, expresión del divorcio entre arquitectura y práctica social. También Bernd y Hilla Becher, Humberto Rivas, Gabriele Basilico, Manolo Laguillo, Bleda y Rosa o José Guerrero a modo de inventario melancólico, nos ofrecen paisajes urbanos al borde mismo del acontecimiento: disolución de la arquitectura en el tiempo y el lugar, paisaje sin figura humana, presencia de una ausencia. Cuando el capitalismo y la racionalidad producen espacios dibujan unos límites —periferia, suburbia, heterotopía— como nos muestra Edward Ruscha. Sin embargo, esos límites, lugares tradicionalmente opresivos, también pueden ser entendidos como espacios de apertura. El trabajo de Xavier Ribas parece situarse ahí, donde el concepto de límite podría tener también un sentido positivo, no como el fin de algo sino como ese allí donde cualquier cosa comienza a afirmar su presencia. En las pinturas de Victoria Civera ese límite se manifiesta entre el cuerpo y el paisaje, entre lo privado y lo ajeno.

Habítamos el espacio con nuestros cuerpos, nos construimos en nuestra experiencia sensorial del espacio y en la interacción con los objetos. Pero, como señalábamos arriba, el espacio nos afecta y nos *produce*. Nuestros gestos no son innatos, a modo de hábitos se cargan de sentidos diferentes y se insertan en diversos contextos culturales y sociales. Nuestros gestos hablan y significan, como muestra brillantemente Antoni Miralda, con sus espacios militarizados, objetos de uso cotidiano y monumentos invadidos por miles de soldaditos de juguete; o como nos interpela Sanja Iveković a través de su reinterpretación del gesto de lucha de las partisanas, «las perlas de la revolución». Antoni Muntadas, a su vez, nos habla de la gestualidad del espectáculo en los incesantes paisajes de los medios (*media landscape*).

Al principio de este texto hablábamos de la revolución tecnológica contemporánea y el debate sobre su afectación al espacio, sobre su influencia en la relación con nuestro hábitat. Hoy estaríamos habitando un espacio de flujos definido por redes informáticas globales que permite que surja un nuevo orden económico y una nueva forma de control. En este proceso, a la vez que se crea un espacio virtual como otra forma de control social, el espacio físico es progresivamente invadido. El sueño moderno de la ciudad racional ha dado paso a la fragmentación urbana producto de la especulación. La razón económica o la lógica del beneficio, en el contexto del desarrollo tecnoindustrial, conquistan nuevos territorios para la urbanización (el turismo se impone como un nuevo transitar superfluo y de consumo que invade vorazmente ciudades mares y montañas, mientras los tránsitos migratorios tratan de restringirse). Las tecnologías transforman el paisaje. Timm Rautert y Lewis Baltz, que ya había retratado los efectos de la acción del hombre en su progresiva ocupación del paisaje, fotografían los espacios tecnológicos e industriales a partir de la distancia o la ausencia con el factor humano, y en su factura artificial se nos hacen a la vez familiares e incomprensibles. Retratos de la extrañeza ante un espacio artificial. Una inquietante mirada que estaría transmitiendo, no solo la creciente disociación entre el hombre y la naturaleza, sino la progresiva desintegración del cuerpo, la ciudad y la propia tecnología en su incesante obsolescencia.

En el espacio posindustrial de la vigilancia, el espectáculo y la alienación, cuando la hipotética desaparición del lugar y de la historia suponen un nuevo orden —el orden de la ausencia de contacto—, cuando vivimos conectados a las pantallas de la televisión y el ordenador, el espacio del encuentro, el nudo

de los flujos, el lugar del conflicto, es el combate semiótico del lenguaje y las imágenes, dictado por las tensiones entre tecnología, poder y sociedad, en una lucha por el espacio de la representación y el sentido del vivir. Matt Mullican o Carlos Garaicoa trabajan también en el espacio de la crítica y la resistencia, en el territorio de los signos, también ellos fragmentando, desplazando y reordenando, desde la usurpación de códigos para la revocación del sentido hegemónico.

Gran parte del discurso sobre el ciberespacio, la realidad virtual y el desarrollo y control de las comunicaciones se ha fundamentado en la idea de ubicuidad espacial, de reducción de las distancias, como una victoria sobre el espacio, y en este sentido filósofos como Paul Virilio han aventurado incluso «el fin de la geografía». Hemos citado a Ingold y De Certeau como dos de los autores que ponen en relación al caminante con la construcción cultural del espacio, con su transformación en lugar en cuanto espacio simbólico o habitado. Richard Long y Hamish Fulton, situados en el extremo contrario del «fin de la geografía», recuperan la potencia performativa del caminar y reivindican el camino como instrumento de conocimiento frente a una relación con el entorno como mera exterioridad. En el encuentro entre el hombre y el mundo, o mejor dicho, en la interacción entre el cuerpo y la naturaleza a través de la simple experiencia cinestésica del andar, existe la posibilidad de construir una nueva experiencia del paisaje que lo trascienda como tradición cultural contemplativa para devolverle su principio simbólico, en tanto que primer paso de su ser *lugar*.

Toma ahora un pleno sentido, tanto temporal como espacial, una de las citas con las que encabezábamos el texto: «Caminante, son tus huellas / el camino y nada más; / Caminante, no hay camino, / se hace camino al andar».